

El Duende Satírico
del Día.

Le publica de su parte

Maximiano José de Larra.

"Des solis: du temps je compose mon fiel."

ROILBAU. SAT.

Primer Cuaderno.

Madrid, 1828.

Imprenta de D. José del Collado.



DIALOGO.

El Duende y el Librero.

Buenos días, señor librero: ¿Qué le trae á Vd. por aquí? — Amigo, lo que á todo el mundo le hace ir y venir: el deseo de ganar la vida y, si se puede, de agenciarse algunas superfluidades. — Siéntese Vd., que no vendrá Vd. tan de prisa, y esplíqueme en qué puedo servirle. — Señor, hablemos claro, y ahorrémonos de palabras; vengo á animar á Vd. á que escriba, y á que escriba para el público. — Hombre, mal pleito trae Vd. — Vaya, no empecemos con la modestia. — No señor, no es modestia, es comodidad, pereza, reflexion, todo lo que Vd. quiera. — Pero, es po-

sible.... — Vamos, y ¿qué quería Vd. que escribiera? Para fastidiar al público siempre se está á tiempo; ademas.... que.... en verdad.... no tengo nada que decirle por ahora. — ¡Por Dios! ¿No tiene Vd. nada que decirle? Y ¿no ve Vd. los abusos, las ridiculeces; en una palabra, lo mucho que hay que criticar? — ¡Criticar! ¡Ay! Vd. está loco; mi librero ha perdido la cabeza: ¿piensa Vd. que reservo yo la mia para lances de honor? ó ¿Vd. cree que tengo yo gusto en vérmela rota? — Eso no, Vd. habla en chanza: el Gobierno vigila sobre la seguridad de los individuos que estan á su cuidado, y castigaría á cualquiera.... — Si señor, el Gobierno vigila sobre la sociedad; y la sociedad no cesa de conspirar á desbaratar los buenos fines del Gobierno; si señor, éste protegería tal vez á quien criticase los vicios y los abusos, porque estos siempre cons-

piran contra el Gobierno; castigaría, tambien es cierto; pero, Señor librero, ni el Gobierno podrá evitar que una paliza acabe con mi gana de criticar, ni á mi me importará nada que el Gobierno cuelgue al que me la haya pegado, á no que le cuelgue antes de pegármela. ¿Y qué necesidad tengo yo de matarme por los abusos de otros?—Mejor sabe Vd. que yo que se puede criticar sin nombrar á nadie, sin que nadie se pueda ofender.—Es cierto; pero no se puede evitar el que haya tontos que se crean el objeto de la sátira del autor, cuando éste tal vez no les ha hecho el honor de acordarse de ellos para tomarlos por modelos: y menos se puede evitar el que muchos de estos tontos quieran echarla de valientes, y vayan todos los dias á desafiar al redactor, que tiene entonces que dejar á todas horas la pluma para tomar la espada, y dar satisfaccion

particularmente á cada individuo de los que componen el público de lo que solo ha dicho á éste en general: y yo no hago ánimo ahora de empezar mi carrera militar; me ha parecido siempre mas cómoda la del bufete, porque aprecio las cabezas de mis semejantes tanto como la mia; y soi de opinion que mas bien se hicieron todas para discurrir que para recibir golpes, prueba de ello lo muy fáciles que son de romper, y lo poco que resisten á esa clase de egercicio....—Con que, es decir, que mi visita es en valde....—Pero hombre, si pide Vd. cosas....—Pues, yo no creo que Vd. con ese genio que Dios le dió tan mordáz deje de tener algo escrito que valga la pena de leerse; y vengo por ello.—Una cosa es que yo me divierta en reirme en mi cuarto de todo lo que me chocha, y otra cosa es....—Sí señor, Vd. tiene mil razones, pero yo no salgo de

aquí sin llevar algo.—Hombre, déjeme Vd. en paz, no sea Vd. el diablo, que muchos se lo agradecerán.—Ahora mucho menos; y mas, se ha de proponer Vd. dar un periódico, hay materia para ello, yo conozco que me puede valer mucho.—No, no, no, eso no; comprometerme á dar un periódico, no señor: supuesto que Vd. se empeña saldrán, sí, de la obscuridad unas cuantas hojas que escribí noches pasadas, y Dios quiera que no me tenga que arrepentir: si como es regular me sigue el humor, publicaré otras cuando me acomode ó pueda, por artículos sueltos; sino, allí se quedará donde á mí se me acabe el gusto.—Con que, por último....—Sí señor, por último, ha vencido Vd., bien á mi pesar: ahí van esos borrones: póngalos Vd. en limpio; en la inteligencia, de que no quiero que nadie sepa que yo soi el que los publico; póngales Vd. cualquier tí-

tulo, que en el día no se repara mucho en eso, y mientras mas desatinado mas gusta, es decir, mas llama la atencion, mas se compra: de modo, que ya eso del título es especulacion del librero: pero entienda Vd., que no le doi licencia sino para anunciarlo, pelado de toda alabanza, nada de prevencion, que juzgue el público lo que quiera. Pero para venderlo..... Sino se vende, que no se venda; yo le abonaré á Vd. el gasto: Vaya Vd. con Dios, y hasta otro mes no me vuelva Vd. á incomodar.



El Café.

*Neque enim notare singulos
meus est mihi,*

*Verum ipsam vitam et mores
hominum ostendere.*

PHEDR. FAB. PROL. I. III.

No sé en que consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, que siento bullir en todas mis venas, y que me obliga mas de cuatro veces al dia á meterme en rincones escusados por escuchar caprichos agenos, que luego me proporcionan materia de diversion para aquellos ratos que paso en mi cuarto y á veces en mi cama sin dormir; en ellos

:

recapacito lo que he oído, y río como un loco de los locos que he escuchado.

Este deséo, pues, de saberlo todo, me metió no hace dos días en cierto café de esta Corte, donde suelen acojerse á matar el tiempo y el fastidio dos ó tres abogados que no podrian hablar sin sus anteojos puestos, un médico que no podria curar sin su baston en la mano, cuatro chimeneas ambulantes que no podrian vivir si hubieran nacido antes del descubrimiento del tabaco, tan enlazada está su existencia con la nicociana, y varios de estos que apodan en el día con el tontísimo y chavacano nombre de Lechuguinos, alias, Botarates, que no acertarian á alternar en sociedad si los desnudasen de dos ó tres cajas de joyas que llevan, como si fueran tiendas de alhajas, en todo el frontispicio de su persona, y si les mandasen que pensáran como racionales, que accionáran y se moviéran como hombres, y sobre todo si les echáran un poco mas de sal en la mollera.

Yo, pues, que no pertenecía á nin-

guno de estos partidos me senté á la sombra de un sombrero hecho á manera de tejado que llevaba sobre sí, con no poco trabajo para mantener el equilibrio, otro loco cuya mania es pasar en Madrid por extranjero: seguro ya de que nadie podría echar de ver mi figura que por fortuna no es de las mas abultadas, pedí un vaso de naranja, aunque veía á todos tomar ponch ó café, y dijera lo que dijera el mozo, de cuya opinion se me da dos bledos, traté de dar á mi paladar lo que me pedía, subí mi capa hasta los ojos, bajé el ala de mi sombrero y en esta conformidad me puse en estado de atrapar al vuelo cuanta necedad iba á salir de aquel bullicioso concurso.

Se hablaba precisamente de la gran noticia que la Gaceta se habia servido hacernos saber sobre la derrota naval de la escuadra Turco-Egipcia: quien decia que la cosa estaba hecha; "esto ya se acabó; de esta vez los turcos salen de Europa," como si fueran chiquillos que se llevan á la escuela; quien opina-

ba que las altas Potencias se mirarian en ello, y que la gran dificultad no estaba en desalojar á los turcos de su territorio, como se habia creido hasta ahora, sino en la repartición de la Turquía entre los aliados, porque al cabo decia, y mui bien que no era queso; y por último hubo un jóven ex-militar de los de estos dias, que crée que tiene grandes conocimientos en la Estrategia, y que puede dar voto en materias de guerra por haber tenido varios desafíos á primera sangre, y haberle favorecido en no sé que encrucijada con un profundo arañazo en una mano, no sé si Marte ó Venus; el cual dijo, que todo era cosa de los ingleses, que era mui mala gente, y que lo que querian, hacia mucho tiempo, era apoderarse de Constantinopla para hacer del Serrallo una bolsa de comercio porque decia que el edificio era bastante cómodo, y luego hacerse fuertes por mar.

Pero no le parezca á nadie que decian esto como quien conjetura, sino que á otro que no hubiera estado tan al

corriente de la petulancia de este siglo, le hubieran hecho creer que el que menos se carteaba con el Gran Señor, ó por el pronto, que tenia espías pagados en los gabinetes de la Santa Alianza; riendo estaba yo de ver como arreglaba la suerte del mundo una copa mas ó menos de ron, cuando un caballero que me veía sin duda fuera de la conversacion y creyó que el desprecio de las opiniones dichas era el que me hacia callar, creyéndome de su partido se arrimó con un tono tan misterioso como si fuera á descubrirme alguna conjuracion contra el Estado, y me dijo al oido, con un aire de importancia, que me acabó de convencer de que tambien estaba tocado de la politico-mania "no dan en el punto, amigo mio: un niño que nació en el año 44 y que nació Rei, reinará sobre los griegos; las Potencias aliadas le estan haciendo la cama para que se eche en ella; desengañémonos (como si supiera que yo estaba engañado) el Austria no podrá ver con ojos serenos que un nieto suyo permanezca hecho un par-

ricular toda su vida. ¿Qué tal?" Como quien dice ¿he profundizado? He dado en el blanco?

Yo le dije que sí, que tenía razón, y efectivamente yo no tenía noticia alguna en contrario ni motivo para decirle otra cosa, y aun si no se hubiera separado de mí tan pronto y con tanta frialdad como interés manifestó al acercarse, le hubiera aconsejado que no perdiese momentos, y que hiciese saber sus intenciones á las altas Potencias, las que no dejarían de tomarlas en consideración, y mucho mas si, como era muy factible, no les habia ocurrido aun aquel medio tan sencillo y trivial de salir de rompimientos de cabeza con la Grecia.

Volví la cabeza hácia otro lado y en una mesa bastante inmediata á la mía se hallaba un literato; á lo menos le vendían por tal unos anteojos sumamente brillantes, por encima de cuyos cristales miraba, sin duda porque veía mejor sin ellos, y una caja llena de rapé, de cuyos polvos que sacaba con bastante frecuencia y que llegaba á las

narices con el objeto de descargar la cabeza que debia tener pesada del mucho discurrir, tenia cubierto el suelo, parte de la mesa, y porcion no pequeña de su guirindola, chaleco y pantalones. Porque no quisiera que se me olvidase advertir á mis lectores que desde que Napoleon que calculaba mucho llegó á ser Emperador, y que se supo que podria haber contribuido mucho á su elevacion el tener despejada la cabeza y por consiguiente los puñados de tabaco que á este fin tomaba, se ha generalizado tanto el uso de este estornudorífico que no hai hombre, que discurra que no discurra, que queriendo pasar por persona de conocimientos no se atasque las narices de este tan precioso como necesario polvo. Y volviendo á nuestro hombre. “Es posible, le decia á otro que estaba junto á él y que afectaba tener frio, porque sin duda, alguna señora le habia dicho que se embozaba con gracia, es posible, le decia mirando á un folleto que tenia en las manos, es posible que en España hemos de ser tan

desgraciados ó por mejor decir tan brutos (en mi interior le dí las gracias por el agasajo en la parte que me toca de español) y siguió: Véa Vd. este folleto. — ¿Qué es? — me irritó, eso es insufrible; y se levantó y dió un golpe tremendo en la mesa, para dar mas fuerza á la espresión, golpe que hubiera sido bastante á trastornar todos los vasos, si algunos hubiera habido: miréle de hito en hito creyéndole muy interesado en alguna desgracia sucedida, ó un furioso digno de atar por no saber explicarse sino á porrazos, como si los trastos de nadie tuviesen la culpa de que en Madrid se publiquen folletos dignos de la indignación de nuestro hombre. — Pero Señor Don Marcelo ¿qué folleto es ese que altera de ese modo la bilis de Vd.? — Si Señor, y con motivo: los buenos españoles, los hombres que amamos á nuestra patria no podemos tolerar la ignominia de que la cubren hace muchísimo tiempo esas bandadas de pseudo-autores: este empeño de que todo el mundo se ha de dar á luz: maldita sea

la luz! ¡Cuánto mejor viviríamos á oscuras que alumbrados por esos candiles de la literatura! “Aquí todo el mundo reparó en la metáfora, pero nuestro hombre que se creyó aplaudido tácitamente, y seguro de que su terminillo habia tenido la felicidad de resumir toda la atencion de los concurrentes, prosiguió con mas entereza: “Jamás, jamás he leído cosa peor: abra Vd., amigo, abra Vd. la primera hoja, lea Vd.: —Carta de las quejas que da el noble arte de la Imprenta, por lo que le degrada el señor Redactor del Diario de Avisos” —¿Qué dice Vd. ahora? — Hombre, la verdad, el objeto me parece laudable, porque yo tambien estoy cansado del señor Diarista. —Sí señor, y yo tambien; no hay duda que el señor Diarista da mucho pábulo á la sátira y á la cólera de los hombres sensatos; pero si el Diarista con su malísima impresion y sus disparatados avisos degrada la Imprenta, no sé que es lo que hace el señor S. C. B. cuando emplea ese noble arte en indecencias como las que escri-

be: lea Vd. y verá al cuarto ó quinto renglon "todo el auge de su esplendor" el sueldo de inválidas que deben gozar las letras, gracia que despues nos repite en verso, el pais de los Pigmeos, los ojos de lince, el anteojo de Galileo para estrellas, los tatarabuelos de las letras, y otras mil chocarrerías y machadas, tantas como palabras, que ni venian al caso, ni han hecho gracia á ningun lector, y que solo prueban que el que las forjó tenia la cabeza mas mal hecha que la peor de sus décimas, si es que hay alguna que se pueda llamar mejor: pues, éntre Vd. luego.... vamos.... yo me sofoco.... El mui prosaico, pues no se le antoja decir, despues de habernos malzurcido un mediano pedazo de grana ageno entre sus miserables retales, que tiene comercio con las musas, cuando en el Parnaso no le querrian ni para limpiar las inmundicias del Pegaso, no le darian entrada ni aun para recibir sus bien merecidas coques, y nos regala por muestra una cadena de décimas, que no tienen mas de

verso que el estar partidos los renglones, y despues de mil insulsececes y frias necesidades le da por imitar al señor Iriarte en el malísimo gusto de sus décimas disparatadas como si tuviesen algo que ver los delirios de una cabeza enferma con la indolencia del señor Diarista: y no ha leído la primera página del arte poética de Horacio que hasta los chicos saben de memoria, donde hubiera visto retratado su plan antes de escribirle tan descabelladamente, que no parece sino que se hicieron aquellos versos despues de haber leído el folleto, aunque tengo para mí que si el señor Horacio hubiera sabido que tales hombres habian de escribir con el tiempo tales cosas, no la hubiera hecho: porque no está la miel para &c. y hay quien haya dado cerca de un real, ocho cuartos, treinta y dos maravedís por tal sarta de sandeces. ¿Por qué no le han de volver á uno su dinero? Señores, no puedo mas: ó ese hombre tiene mala la cabeza ó nació sin ella.” Aquí el hombre pensó echar los bofes por la boca, y yo me lo temí cuando le

interrumpió el que estaba con él. “Efectivamente Señor Don Marcelo, y yo si fuera Vd. escribiría contra esos folletistas y les cardaría las liendres muy á mi sabor.—¿Qué dice Vd.? ¿merece acaso ese hombre que se hable de él en letras de molde? Eso sería, como él dice, degradar, aun mas que él y el Diarista el arte de la Imprenta: ademas que si yo me pusiera á escribir ¿dónde habría papel? ¿pues qué! ¿Es el único que merece semejante tratamiento? Hace mucho tiempo que nos infestan autores insulsos: digo, pues la leccioncita de modestia.... Y vamos, que siquiera allí hai gracias, hai sales de trecho en trecho: es verdad que como dice Virgilio, sin que parezca gana de citar *apparent rari nantes in gurgite vasto*. Si señor, pocas, pero las hai: tambien hai majaderías; tan pronto dice que no vale nada la comedia, como que es buena; las décimas son poco mejores que las del antidiarista: y sobre todo, señores, yo no puedo ver con serenidad que haya hombres tan faltos de sentido que se empeñen en hacer

versos, como si no se pudiera hablar muy racionalmente en prosa: al menos una prosa mala se puede sufrir, pero en materia de verso, lean lo que dice Boileau.

*Il est dans tout autre art des degrés
différens,
On peut avec honneur remplir les
seconds rangs,
Mais dans l'art dangereux de
rimer et d'écrire
Il n'est point de degré du médiocre
au pire.*

Y siguió: "Si yo escribiera no dejaría tampoco en paz al autor del "Clavel histórico de mística fragancia, ó ramillete de flores, cogido en el Jardín espiritual en el día de San Juan &c., siquiera por el título estrafalario, por esa hinchada é incomprensible metáfora que hace cabeza de tanto disparate; y dale que ha de ser en verso, y que hasta los animales van á hablar en verso; y el autor petulante de la tragedia de

Luis XVI. ¡Qué bien viene aquí el *¿Quid feret....?* de Horacio! Se ha visto nunca modo mas arrogante de alabarse á sí mismo en un cartel que forra los edificios de media calle, y ¿para qué? para producir versos prosáicos, y una tragedia soporífera que debia hallarse en todas las boticas en lugar de ópio: no digo nada, el de Orruc Barbaroja, cuyo autor se nos ha querido vender, y no menos petulantemente, por segundo Homero, con decir que es ciego: eso es una lástima, lo siento mucho; pero, ¿qué culpa tienen las Musas para que las asiente palos talmente de ciego? Pues, qué le parece á Vd. de otro título: no hace mucho tiempo que iba yo por la calle, pensando en cosa de mui poco valor, cuando levanto la cabeza y me hallo con un cartelon mas grande que yo, que decía, con unas letras que dificulto se puedan escribir mayores: “El Té de las Damas.” ¿Querrán VV. creer lo que voi á decir? Precisamente yo tengo una muger demasiado afectada del histérico, y como este mal es tan

comun en las señoras , vea Vd. que el deseo mismo me hizo consentir en que sería alguna medicina para algun mal de las mugeres ; de modo , que me puse tan contento , creyendo haber encontrado la piedra filosofal ; y sin leer mas , ni dónde se vendía siquiera , pensando hallarlo en los cafes , me dirijo al primero que encontré , interiormente regocijado de ver los adelantos que hace la medicina ; pregunté por un té que acababa de descubrirse esclusivamente para las señoras : respondiíme el mozo : señor , yo le sacaré á Vd. té , pero hasta la presente el que tenemos en estas casas puede servir , y ha servido siempre , para señoras y para caballeros .” Creí , pues , hallarlo en alguna lonja , donde se rieron en mis hocicos ; salí de aquí y me sucedió otro tanto en una droguería , en una botica ; y por último , desesperado de encontrarlo volví á mi cartel y distinguí : ¡ necio de mí ! con la mayor admiracion , que era un libro . ¡ Ó cabeza redonda , esclamé , la que produjo este título ! En España , donde las señoras ni

toman té, sino es cuando se desmayan, y no hai por casualidad á mano manzanilla, flores cordiales, sálbia, ó cosa semejante, de las que dicen que son buenas para tales casos, ni por consiguiente hablar reunidas al tomarle; pues ya que quería poner un título de cosa de comer ó de beber, ¿por qué no dijo, “El Chocolate de las Damas?” Como si fuera preciso que para hablar unas señoras estuviesen tomando algo; pues no andan por ahí mil títulos rodando, que á lo menos, si bien son malos, no hacen reir, y no puede equivocarse lo que puede dar de sí la obra, como “Tertulias en Chinchon,” “Noches de Invierno,” y caso que fuese para hablar de personas muertas llamarálas primero “Tertulias en los Infiernos, ó noches en el otro mundo,” y no “El Té de las Damas;” título que despues de habernos abierto el apetito nos deja con una cuarta de boca abierta.

Pues qué, le parece á Vd. que si yo me pusiera á escribir dejaría á nadie en paz: no señor, tengo ya llenas las me-

didias; y volviendo á la “Carta”: mire Vd., un asunto tan bonito: si podia haber criticado al señor Diarista el no pasar la vista por los anuncios que le dan, para redactarlos de modo que no hagan reir; como cuando nos dice que se venden “zapatos para muchachos rusos”, “pantalones para hombres lisos”, “escarpines de muger de cabra”, y “elásticas de hombre de algodón.” Cuando anuncia que el sombrerero Fulano de tal deseando acabar cuanto antes con su corta existencia se propone dar sus sombreros mas baratos: que “una señora viuda quisiera entrar en una casa en clase de doncella, y que sabe todo lo perteneciente á este estado.” Y hai mas; aquí creo que he de traer una apuntacioncita que he tenido la curiosidad de hacer de varios avisos; lean Vds.:

“El lunes 8 del corriente por la tarde se perdió un librito encuadernado en papel de poesías alemanas, titulado *Charitas*: 20 de Octubre.”

“En la posada de la Gallega vieja, Red de San Luis, núm. 20, hay un co-

che que caben seis asientos para Victoria, Bilbao, Bayona, &c.: 8 de Noviembre.

“En la calle del Baño, núm. 16, cuarto 2.º, se venden desde hoy hasta el 12 del corriente, desde las 10 de la mañana hasta el anochecer, pinturas originales de los pintores mas clásicos y de varios tamaños, á precios equitativos.”

“Un matrimonio sin hijos, que saben servir perfectamente bien, y tienen quien les abonen, desean colocarse con un Sacerdote ú otros cualesquiera señores: 4 de Octubre.”

“El día 2 del corriente se han perdido unos papeles desde la calle del Cármen hasta la Iglesia del Buen-Suceso, que contienen unas fees de matrimonio y bantismo de las parroquias de Santa Cruz y San Ginés.”

“El miércoles 10 del corriente se estraviaron del palco bajo, núm. 8, en el teatro de la Cruz, unos anteojos dobles, su autor Lemiere, metidos en una caja de tafílete encarnado: 16 de Octubre.”

—“Se venden medias negras inglesas de estambre lisas, de hombre y mujer de superior calidad. idem.”

Y sería nunca acabar, esto solo es de Octubre y Noviembre. Lo del dinero está bien criticado, que yo tambien he tenido que poner algun aviso que otro y lo sé por mí, que no me lo han contado; y aun que no me duele el dinero cuando es preciso gastarlo, no hallo la razon por qué he de mantener con mi sueldo al señor Diarista, y que el tal señor se quede riendo de mí, y de cuantos tenemos la desgracia de haber perdido lo que nos hacía falta.—Dice Vd. mui bien, señor Don Marcelo, ha hablado Vd. mucho y mui bueno.—¡Oh! si hablo, y digera mas si no me llamase mi obligacion (esto dijo levantándose, y sacando el relox, y yo me hubiera alegrado que hubiera apuntado con una hora de adelanto, que ya me dolía la cabeza, al paso que me gustaba aquel hombre estrepitoso.) Amo, siguió, amo demasiado á mi Patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se

halla; aquí nunca harémos nada bueno.... y de eso tiene la culpa.... quien la tiene.... Sí señor.... ¡ah! si pudiera uno decir todo lo que siente; pero no se puede hablar todo.... no porque sea malo, pero es tarde, y mas vale dejarlo.... ¡Pobre España!.... Buenas noches, señores."

Entre paréntesis, y antes que se me olvide, debo prevenir, que la misma curiosidad de que hablé antes me hizo al día siguiente indagar, por una casualidad, que felizmente se me vino á las manos, quién era aquel buen español tan amante de su patria, que dice que nunca haremos nada bueno porque somos unos brutos, (y efectivamente que lo debemos ser, pues agnautamos esta clase de hipócritas); supe que era un particular, que tenia bastante dinero, el cual habia hecho teniendo un destino en una provincia, comiéndose el pan de los pobres, y el de los ricos, y haciendo tantas picardías, que le habian valido el perder su plaza ignominiosamente, por lo que vivia en Madrid co-

mo otros muchos, y entonces repetí para mí su espresion "Pobre España."

Y volviendo á mi Café, levantéme cansado de haber reunido tantos materiales para mi libreta; pero quise echar un vistazo antes de marcharme por varias mesas: en una se hallaba un subalterno vestido de paisano, que se conocía que huía de que le vieran, sin duda porque le estaba prohibido andar en aquel traje, al que hacian traicion unos bigotes que no dejaba un instante de la mano, y los torcía, y los volvía á retorcer, como quien hace cordon, y apenas dejaba el vaso en el platillo cuando acudía con mucha prisa á los bigotes, como si tuviese miedo de que se le escapasen de la cara: hablaba en tono bastante bajo, y como rezeloso de que le escucháran, aunque estaba en un rincón bastante retirado, con una que parecia jóven, y en cuyo exámen no me quise detener mucho, porque me hice prudentemente el cargo de que sería prima suya, ó cosa semejante.

Otro estaba mas allá afectando estar

solo con mucho placer, indolentemente tirado sobre su silla, meneando muy de prisa una pierna sin saber por qué, sin fijar la vista particularmente en nada, como hombre que no se considera al nivel de las cosas que ocupan á los demás, con un cierto aire de vanidad é indiferencia hácia todo, que sabia aumentar, metiéndose con mucha gracia en la boca un enorme cigarro, que se quemaba á manera de tizon; en medio de repetidas humaradas, que mas parecian salir de un horno de tejas que de boca de hombre racional, y que á pesar de eso formaba la mayor parte de la vanidad del que le consumía, pues le debia haber costado el llenarse con él los pulmones de olin mas de un real.

Apartéme de él porque me fastidian los hombres vanos, y no tenia gana de que me sofocára el humo que despedía; y en otra mesa reparé en otra clase de tonto que compraba los amigos que le rodeaban á fuerza de sorbetes; pagaba y bebía por vanidad, y creía que todos aquellos que se aprovechaban de su lo-

cura eran efectivamente amigos, porque por cada bebida se lo repetian un millon de veces; le habian hecho creer que tenia mucho talento, soltura, gracia &c., y de este modo le hacian hacer un papel ridículo; él no conocia que nunca se grangea sino enemigos, el que ofende el amor propio de los demas, haciendo siempre el gasto, porque no hai uno que no quiera hallarse en el caso de hacerle para dar á los demas en cara, y como esta es una situacion envidiable porque todos quieren ajar á los otros, solo engendra ódio hácia aquel que de este modo nos insulta, aunque saquemos partido por el pronto de su largueza; ni preveía que el dia en que se le acabára el dinero serian aquellos mismos los primeros á ridiculizarle, á reirse en sus bigotes, y á no hacerle mas caso que si nunca le hubieran conocido. Vi que hacia ostentacion de despreciar la vuelta que el mozo le dió, al mismo tiempo que una pobre anciana se le acercaba, pidiéndole alguno de aquellos cuartos que tanto despreciaba; y efectivamente

ví que creyó cumplir con lo que debe á la humanidad el que tiene dinero, regalándola con un seco y repetido “perdone Vd. hermana,” y dándola un empuellon al levantarse, añadió: vamos, ya se habrá empezado la sinfonía, y en esta ópera es preciso sacar todo el jugo posible á los 42 rs. y 2 cuartos: tambien es desgracia que haya tanto pobre; á mí me parte el corazon; por todas partes no halla Vd. sino pobres.”

Al fin, dije para mí, el otro tenia la cabeza huera, pero este tiene el corazon en la lengua.

Púseme á mirar en seguida con bastante atencion á otro mozalvete mui bien vestido, cuya fisionomía me chocó, y el mozo que gusta de hablar á veces conmigo porque le suelo dar algunos cuartos siempre que tomo algo, y que conoce mi curiosidad, se acercó y me dijo:—¿Está Vd. mirando á aquel caballero?—Sí, y quisiera saber quien es.—Es un jóven como Vd. vé, mui elegante, que viene á tomar todos los días café, ponch, ron en abundancia, almuerzos,

jamon, aceitunas, que convida á varios, habla mucho de dinero, y siempre me dice al salir con una cara mui amistosa y al mismo tiempo de imperio, “mañana le pediré á Vd. la cuenta; ó pasado mañana te daré lo que te debo.” Hace ya medio año que sucede esto; yo todavía no he visto la cruz á la moneda, y le busco y le hablo, y nada, no consigo nada; y lo peor es que tiene uno mas vergüenza que él, porque no me atrevo á decirle “págume Vd. ó no le sirvo:” y resulta que se luce con mi bolsillo; ¡oh! y si fuera el único; pero hay muchos que á trueque de conde, marques, caballero, y á la capa de sus vestidos nunca pagan sino es con mui buenas palabras. ¿Y qué ha de hacer Vd.?—¡Bravo! Y aquel otro que está ahora hablando con él.—Si señor, ya sé....aquel ¿eh?....Si supiera Vd.; solo á Vd. se lo diría, pero de todos modos no le diré como se llama, ni quien es, que aunque Vd. me vé de mozo de café tambien tengo mi poquito de miramiento, y no quiero ajar la

opinion de nadie.—Diga Vd., que si él no cuida de la suya ¿por qué se la ha de conservar Vd., importándole mucho menos?—Pues aquel sugeto, ahí donde Vd. le vé tan bien vestido, suele traerme los dias que hai apretura para ver la ópera algunos billetes que le vendo por una friolera al duplo ó al triplo, segun es aquella; dá una gratificacion por una ó dos docenas á quien se las proporciona á poco mas del justo precio y viene á sacar veinte, cuarenta ó sesenta reales en luneta: estoi seguro que la Semíramis le ha valido mas de tres onzas: luego suena que yo soi el revendedor, porque saca con mi mano el ascua, y él gana mucho y no pierde su opinion; y yo, de quien dicen que no la tengo porque se le figura á la gente que un hombre mal vestido ó que sirve á los otros por precision está dispensado de tener honor, gano poco de dinero y no gano nada en crédito.

En esto salia yo ya, y al pasar por un pasillo me quedaba todavía que observar: tuve que hacer la vista gorda

porque un mozo creyendo que nadie le veía estaba á la sazón echando un poco de agua en una cafetera de leche, sin duda para quitarle la parte mantecosa que siempre fastidia al paladar, y al tiempo de salir de un billar contiguo que atravesé con mucha prisa por el humo de tabaco, la bulla y las malísimas trazas de los que pasan el día en dar tacazos á una bola al ronco y estrepitoso ruido del bombo, acompañado del continuo gritar “el 1, el 2 &c. y en herir los oídos de las personas sensatas con palabras tan superfluas como indecentes, tropecé por desgracia con un buen hombre á quien los años no dejan andar tan de prisa como él quisiera, y que á pesar de eso sé yo que no deja de ir hace la friolera de unos cuarenta años á su partida de billar, ó á ser espectador de la de los demás cuando el pulso no le permite jugar él mismo; el tropezon fue fuerte por su natural torpeza, y no pude menos de esclamar en la fuerza del lolor. “A qué vendrán estos hombres cargados con tantos años como vicios al

billar, como sino hubiera iglesias en Madrid, ó no tuviesen casa y muger, sobrina ó ama de quien despedirse para la otra vida."

Seguí quejándome hasta mi casa sin ninguna gana de reir de mis observaciones como otros días, aunque siempre convencido de que el hombre vive de ilusiones y según las circunstancias, y solo al meterme en la cama, después de apagar mi luz y al conciliar el sueño confesé como acostumbro. "Este es el único que no es quimera en este mundo."

